

PQ 6171

.A2

B5

v. 29

BIBLIOTECA

AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACION DE LA LINGUA HASTA NUESTROS DIAS

Con la misma brevedad, o por mejor decir, con la misma priesa, con la que hemos reunido y dado a la estampa la coleccion que forma el presente tomo, daremos cuenta a nuestros lectores de algunas particularidades que puedan interesarles, ya respecto a las obras en él contenidas, ya acerca de sus autores, ya en cuanto a la formacion del volumen mismo. En materia de *poemas épicos*, no faltará quien crea que una coleccion como la que publicamos ha mas de dos años en nuestra BIBLIOTECA es ya suficiente dósis, sobre todo si se pone en tela de juicio la cuestion de *épicos*, de que tambien entonces nos hicimos cargo; pero recordamos que con motivo de aquella publicacion, un conocido crítico echó de menos cierto poema, que él preferia a otros muchos; y aunque para notar la falta era aun temprano, pues ignoraba lo que mas adelante haríamos, estimamos su buen consejo, siquiera porque con él podemos hoy escudarnos para proseguir y terminar, como lo hacemos, nuestro repertorio.

Ni este ha salido a medida de nuestro deseo, ni nos atrevemos a decir que aun aspirando a mayor empeño, hubiéramos conseguido realizarlo. El catálogo de poemas castellanos, que insertamos a continuacion, dará idea de lo que seria semejante empresa. ¿Quién no gastaría su vida en recorrer tan dilatado campo? Y cuando a costa de indecibles fatigas y de paciencia, hubiese uno llegado al término, ¿quién conservaría su razon sana para dar cuenta a los demas de peregrinacion verdaderamente tan heróica? Porque así como de la locura se dice que suele ser contagiosa, de los versos puede afirmarse que los buenos despiertan y alumbran el entendimiento de quien los oye; mas los malos, si son muchos, ofuscan y pervierten al mas despejado ingenio. De todas suertes, para clasificar y comparar entre sí las producciones de la épica castellana, y para deducir de su estudio lecciones provechosas, dada como primera la condicion de aptitud, de que creemos no estar dotados, seria menester mas tiempo del que suele concederse a esta especie de trabajos; que los que en España se llaman literarios, ó han de caminar con tanta lentitud, que rara vez llegan a colmo, ó con tal precipitacion, que son mas bien descrédito que alabanza para quien los emprende.

El tomo primero de *Poemas épicos*, xvi de nuestra BIBLIOTECA, comprende los que todos los críticos y coleccionistas han reputado hasta ahora como modelos de nuestra lengua, en este género de poesia; en el presente hemos recorrido la escala por completo, partiendo desde el último tercio del siglo xvi hasta la restauracion literaria, tan dichosamente promovida a fines de la centuria pasada y principios de la que corremos; descendiendo desde el poema de grandes proporciones, hasta el que concentra su clásica estructura en un solo canto; desde el de asunto mas heróico, hasta el puramente descriptivo é imaginario; desde el que atesora la propiedad y galas de nuestra locucion en su mejor época, hasta el que se pierde en el laberinto artificial del pedantesco culteranismo. Hemos procurado además ofrecer muestras de otra clasificacion no menos interesante, la de géneros ó escuelas, dando a conocer, ya a los que siguieron de léjos a los épicos de



PRÓLOGO.

Con la misma brevedad, ó por mejor decir, con la misma priesa con que hemos reunido y dado a la estampa la coleccion que forma el presente tomo, daremos cuenta a nuestros lectores de algunas particularidades que puedan interesarles, ya respecto a las obras en él contenidas, ya acerca de sus autores, ya en cuanto a la formacion del volumen mismo. En materia de *poemas épicos*, no faltará quien crea que una coleccion como la que publicamos ha mas de dos años en nuestra BIBLIOTECA es ya suficiente dósis, sobre todo si se pone en tela de juicio la cuestion de *épicos*, de que tambien entonces nos hicimos cargo; pero recordamos que con motivo de aquella publicacion, un conocido crítico echó de menos cierto poema, que él preferia a otros muchos; y aunque para notar la falta era aun temprano, pues ignoraba lo que mas adelante haríamos, estimamos su buen consejo, siquiera porque con él podemos hoy escudarnos para proseguir y terminar, como lo hacemos, nuestro repertorio.

Ni este ha salido a medida de nuestro deseo, ni nos atrevemos a decir que aun aspirando a mayor empeño, hubiéramos conseguido realizarlo. El catálogo de poemas castellanos, que insertamos a continuacion, dará idea de lo que seria semejante empresa. ¿Quién no gastaría su vida en recorrer tan dilatado campo? Y cuando a costa de indecibles fatigas y de paciencia, hubiese uno llegado al término, ¿quién conservaría su razon sana para dar cuenta a los demas de peregrinacion verdaderamente tan heróica? Porque así como de la locura se dice que suele ser contagiosa, de los versos puede afirmarse que los buenos despiertan y alumbran el entendimiento de quien los oye; mas los malos, si son muchos, ofuscan y pervierten al mas despejado ingenio. De todas suertes, para clasificar y comparar entre sí las producciones de la épica castellana, y para deducir de su estudio lecciones provechosas, dada como primera la condicion de aptitud, de que creemos no estar dotados, seria menester mas tiempo del que suele concederse a esta especie de trabajos; que los que en España se llaman literarios, ó han de caminar con tanta lentitud, que rara vez llegan a colmo, ó con tal precipitacion, que son mas bien descrédito que alabanza para quien los emprende.

El tomo primero de *Poemas épicos*, xvii de nuestra BIBLIOTECA, comprende los que todos los críticos y coleccionistas han reputado hasta ahora como modelos de nuestra lengua, en este género de poesia; en el presente hemos recorrido la escala por completo, partiendo desde el último tercio del siglo xvi hasta la restauracion literaria, tan dichosamente promovida a fines de la centuria pasada y principios de la que corremos; descendiendo desde el poema de grandes proporciones, hasta el que concentra su clásica estructura en un solo canto; desde el de asunto mas heróico, hasta el puramente descriptivo é imaginario; desde el que atesora la propiedad y galas de nuestra locucion en su mejor época, hasta el que se pierde en el laberinto artificial del pedantesco culteranismo. Hemos procurado además ofrecer muestras de otra clasificacion no menos interesante, la de géneros ó escuelas, dando a conocer, ya a los que siguieron de léjos a los épicos de

la antigüedad, ya á los imitadores del Taso, degeneracion de aquellos, ya á los mal aprovechados discípulos del Ariosto, y con ellos á todos los que profesaban el arte de la andante caballería, mas frenéticos é insustanciales que sus héroes mismos, ya á los parafraseadores de los sagrados textos, ya, en fin, á los flébiles y amanerados amantes del idilio. Y es de ver con qué cándido eclecticismo se esfuerzan los mas en representar todos estos caracteres, invadiendo de vez en cuando ajenas jurisdicciones, pues ninguno habia tan superior al espíritu de su tiempo, que pudiese sobreponerse á él y tiranizarle. La épica, literatura completamente exótica para nosotros, no podia contar con Lopes ni Cervantes entre sus cultivadores. Esto en cuanto al repertorio, absolutamente considerado; que por lo que hace á la eleccion de las obras, quizá habrémos procedido mas temerariamente, no atinando á dar gusto á nadie, pues de los aciertos en este particular, puede decirse lo que el autor de la *Austriada* decia de

«Los concetos;
Que faltan cuando sobran los sugetos.»

Empecemos pues hablando de la *Austriada*, ya que involuntariamente se nos ha ocurrido citarla, y ya que es el poema con que encabezamos esta segunda parte; con cuyo motivo, y recordando lo que indicamos en la primera sobre el orden en que aquellos van impresos, confesamos tambien no haber seguido el cronológico en la presente, y la razon es la dificultad que hemos hallado en procurarnos oportunamente algunas de las ediciones de aquellas obras.

JUAN RUFO GUTIERREZ, natural y jurado de la ciudad de Córdoba, poeta muy aplaudido de sus contemporáneos, si hemos de contemplar sinceras las composiciones laudatorias que le dedicaron el altivo Góngora, el severo Lupercio de Argensola y el benévolo Cervantes (1), insertas entre los preliminares de la *Austriada*, fué cronista (2) del señor don Juan de Austria, y por lo tanto tes-

(1) Cervantes le alaba además en el escrutinio de la librería de don Quijote: «Aquí vienen tres todos juntos, dice el Barbero, la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla; la *Austriada*, de JUAN RUFO, jurado de Córdoba, y el *Monserate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guardense como las mas ricas prendas de poesia que tiene España.» Pero Cervantes no era hombre que escatimase á nadie los elogios.

(2) Enviado por la ciudad de Córdoba para dar el parabien al vencedor de los moriscos, segun parece, cuando este volvió á Madrid, despues de recorrer como capitán general de la mar los puertos del Mediterráneo, recibió del mismo Príncipe el cargo de cronista suyo, y le siguió á las jornadas de Levante, que juntamente con la guerra de Granada, forman el asunto de la primera parte de su poema. La segunda no llegó á escribirse, ya por la muerte de su Mecenas, ocurrida poco despues de haber regresado él á la corte, ya por los disgustos que al parecer le sobrevinieron. A esto sin duda alude en uno de sus apoteogmas (*Las seiscientas apoteogmas*, de JUAN RUFO; Toledo, 1596, folio 94); pues refiere que soliendo un amigo reprenderle porque no componia la segunda parte de su *Austriada*, á tiempo que pasaban ambos por donde habia varios pajarrillos enjaulados, y entre ellos uno de estos que suben la comida y bebida con el pico, como todos estuviesen cantando menos este, «reis aquí, dijo, un retrato del silencio de mi pluma:

Para el hombre que no es rico,
Cadena es el matrimonio,
Y tormento del demonio
Sustentarse por su pico.»

Ruro asistió en calidad de prócer á las Cortes celebradas en su patria el año 1570, y aun dícese que habló discreta y elocuentemente delante de Felipe II; mas no le sucedió lo

mismo algun tiempo despues, que habiendo ido á besar la mano á su majestad (Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II*) por la merced de quinientos ducados que le mandó dar en pago del trabajo empleado en la composicion de la *Austriada*, se vió tan suspenso y embarazado, que no acertó á proferir palabra. De estos quinientos ducados cuenta el mismo (*Apoteog.*, folio 99 vuelto) que fué gastando en el sustento de su casa hasta que no le quedaban sino cincuenta, los cuales se puso á jugar; y preguntado por qué hacia aquel exceso, respondió: «Para que las reliquias de mis soldados venzan ó mueran peleando antes que el largo cerco los acabe de consumir.»

Dejó JUAN RUFO dos hijos, uno llamado Juan, y otro Luis. Este se hizo célebre en el arte de la pintura, pues habiendo ido muy joven todavía á Roma, venció en publico certámen al famoso Miguel Angel. Desde Barcelona, donde, segun parece, se hallaba Ruro comisionado por el Rey para proveer de vestuario á algunos tercios del ejército, dedicó al mismo Luis una carta en redondillas, que por la ternura que toda ella respira y por contener una minuciosa descripción de los juegos y entretenimientos infantiles, merece reproducirse. Dice así:

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provoca
Al proceso de mis daños.
Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el Capricornio helado
Desde el ardiente Leon;
Despues que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Más por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.

tigüo ocular de casi todo lo que refiere. Tal vez por esta misma razon no se atreveria á traspasar en su obra los limites de una *historia verdadera*, como la llama en la Dedicatoria á la Emperatriz; pero ¿á qué imponerse entonces las trabas de la versificación, y entre todas las formas métricas, elegir una de las mas arduas? Ello no hay duda que debe ser su narracion sumamente exacta, cuando tan conforme la hallamos con la *Guerra de Granada*, de don Diego Hurtado de Mendoza, y con la que de la *Guerra tambien de Chipre y suceso de la batalla naval* dejó escrita el divino Herrera; pero ¿cómo conciliar el designio de componer una *verdadera historia* con el anhelo que á cada paso se descubre en el escritor de arrancar sus mas sonoros acentos á la trompa épica? Abusando seguramente de la confesion de nuestro autor, y prescindiendo de la afectacion que pueda haber en su modestia, dice el señor Munárriz en su traduccion del *Blair* que Ruro «pronunció sin pensarlo el juicio que debe formarse de su obra, cuando aseguró en el prólogo que es

Esperame, que ya voy
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
Adonde quiera que estoy.
Mas al fin destas jornadas
Espero sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que serémos camaradas.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mia,
Y hacerte he compañía
Como si fueras anciano;
Y si algun camino luengo
Te cansa ó causa embarazos,
Llévarte he sobre mis brazos,
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y trasformándome en ti,
Parecerán bien en mi
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, moterillos,
Saltar, brincar y correr
Y jugar al esconder;
Gazar avispas y grillos,
Andar á la coscogita
Con diferencias de trotes
Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de gaita.
Chifte en hueso de albarcoque,
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodega.
Haer de una baba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcellos
Joyas en que no se pierde.
Zampoñas del alcaén,
Y de cogollos de cañas
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel;
Y romper una amapola
Hoja por hoja en la frente,
Y escuchar á quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
Llamaremos, si tú quieres,
Por excusarnos de nombres,
Tíos á todos los hombres
Y tías á las mujeres.
Columpio en que nos mezcamos,
Colechones en que trepemos,
Nueces para que jugáremos
Y algunas que nos comamos.
Cuarto lucio en el zapato,
Mendrugos en faltriguera,
Con otra cosa cualquiera
Que sacar de rato en rato.
Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y acechar por las sonajas
Cuándo pasa el melcochero.

Y porque mejor me admitas
De tus gustos á la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.
Mazapanes y turrón,
Dátiles y confitura,
Y entre alcorzada blancaura
El rosado canelón.
Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad.

Por su agudo ingenio y afable trato fué Ruro muy estimado y distinguido de los principales personajes de su tiempo; pero resuelto á volver á su patria despues de diez años que faltaba de ella, salió de la corte *pobre y desfavorecido*, como él mismo dice, y al pasar por Toledo se detuvo ocho meses en aquella ciudad al arrimo del dean de su iglesia, don Pedro de Carvajal, á quien en agradecimiento dirigió el último soneto que se halla en sus poesias impresas, al fin de las *Apoteogmas*. En la dedicatoria de esta obra se queja tambien al Príncipe del poco favor que habia tenido, diciendo que espera de él, no las mercedes sin tasa que muchos, sino la que baste para emplear la vida en loables estudios, ya que por falta de arrimo ha perdido parte de lo mejor de su edad. Llegado á Córdoba, echó de menos á tantos amigos, que prorumpió en aquel dicho consiguado despues en su citada obra: «No hay batalla sangrienta que tanto aportille el escuadron de los amigos como diez años de tiempo (*).»

De la *Austriada* se hicieron tres ediciones en tres años seguidos: la primera en Madrid, en 1584; la segunda en Toledo, el año siguiente, y la última en Alcalá, en 1586. De la primera se tiraron cinco mil ejemplares, por confesion del autor mismo, que refiriendo cómo se le quejaba un caballero, buen soldado, de que no hubiese hecho mención de él en la *Austriada*, le preguntó si la habia leído; y contestándole el caballero que no habia topado con ningún tomo de ella, replicó Ruro: «Pues si de cinco mil cuerpos que se han impreso no habeis topado con uno, ¿qué mucho que yo no haya topado con vos, que sois uno solo?» (*Apoteog.*, folio 128).

Habiéndole dicho un poeta amigo suyo que queria hacerle un epitafio para cuando muriera, contestó que se lo haria él mismo, é improvisó este:

Aquí yace un pecador
Que al morir, nacer quisiera,
No por vivir como quiera,
Mas para vivir mejor.

(*) Debemos la mayor parte de estas noticias referentes á JUAN RUFO á nuestro buen amigo el distinguido literato y erudito ilustrador de *Quevedo*, don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y á un artículo biográfico del mismo Ruro, que publicó en el *Semanario Pintoresco Español* el señor don Luis Maria Ramirez y de las Casas-Deza, curioso investigador de las antigüedades de Córdoba.

una curiosidad escrita en verso, de materias difusas, en que intervinieron diversas maneras de personas, lugares y sucesos. Diez años sabemos que empleó Rufo en la composición de su poema (si no es que quisiese competir hasta en esto con Virgilio); y ¡consume un hombre diez años de su vida en una empresa de mera curiosidad!

Adolece, en verdad, la *Austriada* de los defectos comunes á todos nuestros poemas: de falta de interés en el conjunto por la multiplicidad de sus incidentes; de desigualdad en sus tonos; de languidez con frecuencia en sus narraciones, por el empeño de referir hasta los pormenores mas insignificantes, ó por ignorar el arte de referirlos sobriamente y con un rasgo brillante que los realce y vivifique; pero á pesar de todas estas imperfecciones y otras muchas en que pueda repararse, el libro es un monumento literario, que supone en su autor grandes dotes de poeta. ¡Qué de trozos pudiéramos elegir llenos de noble sencillez, de locuciones vigorosas, de octavas fáciles y precisas, de combates bien descritos, de caracteres diestramente bosquejados!

Véase cuán bien resume en una octava las primeras empresas del marqués de Mondéjar.

Pasa el Marqués á Lanjaron, y en ella	Entre Vélez con otro estrago y mella
Rompe la furia al bárbaro enemigo;	Le hace de su mal parte y testigo;
Ya en Órgiva le vence y atropella,	En Andarax le ofende y le maltrata;
Ya en Pitris hace en él igual castigo;	En Paterna le vence y desbarata. (Pág. 24, oct. 3. ^a)

Y con qué alusiones históricas tan oportunas prepara la narracion de las atrocidades de los moriscos (octavas 7.^a y 8.^a).

Ejemplo se vió nuevo y espantoso,	De hoy mas, fama parlara, callar puedes
De toda crueldad aborrecible,	Las muertes que vió el campo marciario,
Por quien del pueblo al mundo mas famoso	Los caballos atroces que Diomedes
El sexto emperador no es ya terrible;	Sepulcros hizo del linaje humano;
Ni es de maravillar que el sanguinoso	Olvida ya las aras y paredes
Tirano de Sicilia irremisible	De Busiris y Anteo el africano,
Holgase al son del lamentable lloro	Y la ferina gula del que ciego
Que Perilo entonó dentro del toro.	Quedó por mano del astuto griego.

Don Juan de Austria está perfectamente representado en esta octava (pág. 26, 7.^a).

Así lo quiso, y fué tambien servido	Gallarda agilidad, claro sentido,
De dar á don Juan de Austria (que tal era	Hermosa proporcion, beldad severa,
Del príncipe fatal el apellido),	Ser á todos amable y apacible,
Los mayores aplausos de la esfera:	Humilde en paz, en armas invencible.

Y con no menos energia, parecida á la de nuestros célebres dramáticos, se pinta á sí propio Luis Paez de Castillejo, ofreciéndose á pelear por su rey y por su patria (pág. 34, 41.^a).

Yo, mis hijos, mis deudos y criados	Sin ser desta ciudad remunerados
Las armas tomarémos sin fatiga,	Ni que yo lleve oficio en esta liga.
Y á servir nuestro rey como soldados	Para aquesto nacimos caballeros;
Irémos, por la fe que nos obliga,	Para aquesto es la sangre y los dineros.

La muerte de Alonso Flores en el canto vi, la de *Céspedes el Fuerte*, despreciador altivo de la muerte en el x, y en este mismo, el combate singular de don Diego de Leiva con el turco Ismemio, manifiestan las felices disposiciones de Rufo para la parte episódica, que sabia amenizar sin necesidad de recurrir á vanas declamaciones ni pensamientos peregrinos. Pero este es cabalmente uno de los lados por donde flaquea, pues cuando la ocasion lo requiere, aparece pobre de ornato, escaso de imagenes poéticas, falto de digresiones que interrumpen y animen la narracion; y así se hace cansada una lectura, en que no se halla mas variedad que la que naturalmente dan de sí los acontecimientos. Rufo sabe trazar una figura, mas no bosquejar un cuadro ni revelar los secretos de la composicion y del colorido; sabe decir de don Fernando de Valor que iba

El título de rey tiranizando;

pero no siempre acierta á dar á la diction el temple acerado de las armas que maneja y viste;

sabe en el canto viii imitar la tempestad de la *Eneida*, y poner en boca del Comendador mayor estas palabras

¡Oh venturoso aquel, cuyo tormento

Fenece entre estas ondas fortunales, etc. (Pág. 41, oct. 20.)

que recuerda el *terque quaterque beati, queis ante ora patrum...* de Virgilio; mas no llega nunca á crear un gran pensamiento, una grande escena, un conjunto armónico, siquiera parezca pequeño y aislado con relacion al todo. Este en breves palabras es el juicio que la *Austriada* nos merece; pero al cabo es una obra recomendable, útil para el estudio como documento histórico, mas extraña á la invencion que á la exactitud; como epopeya, insignificante; como poema, digno de estimacion, y como monumento de estilo y lengua, merecedora de figurar en nuestra BIBLIOTECA de autores clásicos (1).

Pasemos á emitir tambien llanamente nuestra opinion sobre la *Vida y muerte del patriarca San Josef*, escrita por el maestro JOSÉ DE VALDIVIELSO (2). Seria muy injusta suposicion considerar esta obra como una epopeya, cuando su autor no la calificó de tal, y cuando al declarar él mismo en el prólogo la ocasion que le alentó á escribirla, la desconfianza con que la habia emprendido y las criticas prematuras que se habian hecho de ella, parece que previene las objeciones que en este sentido pudieran dirigirsele. El *San Josef* es una de tantas vidas de santos como entonces se escribian, y con que se alimentaba la devocion, digámoslo así, literaria de nuestros abuelos. Si la forma es ambiciosa y la versificacion rigurosamente épica, es porque al cabo se trataba de un asunto sagrado y sublime, y no se conocia, como tampoco hoy se conoce, otro molde mas ajustado á que acomodarlo. Son indudablemente los asuntos divinos, mas quizá que ningun otro, propios de la epopeya; pero los recursos á que debe apelarse difieren mucho de los que se emplean en los argumentos profanos, la ornamentacion es muy distinta, lo maravilloso del artificio necesariamente tiene que ser tambien de diversa índole; y VALDIVIELSO no se entregó de seguro, y así lo confiesa ingenuamente, á los profundos estudios que requiere tan atrevido intento. Escribió un libro en verso y le exornó como pudo, ó como lo creyó mas conveniente. Resta averiguar si en el modo de realizarlo procedió ó no con acierto.

Expuso desde su nacimiento hasta su feliz tránsito la vida del glorioso Patriarca, y aun le representó despues descendiendo al limbo para consolar con esperanzas de próxima libertad á las almas de los santos padres que gemian en aquel encierro. Ensalzó su ilustre origen, le alabó como esposo predestinado de Maria, le pintó íntegro amante de la mas pura de las mujeres, digno tutor del Hombre-Dios, dechado de humildad y de paciencia, modelo de sabiduria, cifra y colmo de todos los merecimientos y virtudes. Pero empañó un alma tan angelical con el aliento de pasiones demasiado humanas; profanó el santuario de aquel templo con el oropel de mundanas pompas, y no supo vestir la hermosa imagen de la religion cristiana sino con el grosero atavío de los ídolos del gentilismo.

¿Puede darse mas ridicula extravagancia que aquella alegoría de la casa de la Fama, con que llena una buena parte del segundo canto (3), ni impertinencia mas insensata que las discusiones

(1) Algo mas severo y preciso es el juicio que hace de la *Austriada* el señor don Manuel José Quintana; pero en descargo de nuestra conciencia, debemos decir que el profundo crítico considera á Rufo como poeta épico, y nosotros le recomendamos como hablista. El señor Quintana se expresa así: «No tan infeliz en *versificación* y *lenguaje* es la *Austriada*, cuyo autor, algo mas instruido y mas culto, pudo dar á sus versos y octavas mejor estructura (que Zapata á su *Carlo famoso*, y Semper á su *Carolea*), y tal cual regularidad y sentido á su diction. Mas no hay que buscar en él ni invencion en las cosas ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresion, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento sin artificio ni invencion poética alguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es mas que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa, y sin comparacion mejor que él... El pobre Juan Rufo estaba muy ajeno de lo que

su argumento encerraba, ni, aunque lo comprendiese, tenia medios de desempeñarlo.»

(2) En vano hemos buscado una biografía de este poeta; si existe alguna, no ha llegado á nuestras manos. Contentémonos con saber que floreció á principios del siglo xvii; que escribió tambien las alabanzas de la Virgen de *El Sagrario de Toledo*, como puede verse en el Catálogo; y que fué natural de esta ciudad y capellan muzarabe de su iglesia catedral.

(3) Comparémosla con la de Valbuena en su *Bernardo*, y advertiremos la inferioridad de aquella respecto á esta. Lo que se piensa mal se expresa del mismo modo, y este trivial axioma es tan evidente en el presente caso, que ni aun la diction de VALDIVIELSO puede compararse con la de su predecesor. De la interminable tirada de octavas de que consta aquel pasaje la mejor es la siguiente:

Aquí la general fama es señora,
Horrendo monstruo, voladora fiera,

que entabla á lo mejor sobre puntos esencialmente dogmáticos, usando de toda la maquinaria silogística del escolasticismo? Los celos y congojas de san Josef degeneran en demencia; los ángeles, mensajeros del Altísimo, y cuantos personajes razonan en el poema parecen retóricos ó misioneros; rara es la descripción que no esté monstruosamente recargada con pormenores ociosos é inoportunos; las personificaciones, metáforas y alegorías son casi siempre mitológicas, y sobre mitológicas, vulgares y amaneradas. Merece pues el *San Josef* el nombre de buen poema? A excepcion de algun canto, como el del nacimiento de Jesus, de algun cuadro graciosamente concluido, como el de los desposorios, y de algunos toques vigorosos y oportunos, nada hay en él que revele un plan bien concertado, ni una pluma ejercitada en composiciones de cierto empeño. Todo parece allí fortuito y como improvisado. El canto de los pastores, que á veces deja entrever felices disposiciones para el género bucólico, se cae á lo mejor de las manos por el tono de chunga que toma el poeta, pintándolos comilones y beodos.

Cuál que en saberlas sazonar se extrema (las migas),
Llega con la cuchar, y vuelve luego
A gustarlas, y viendo que se quema,
Hacen del los demás donaire y juego;

Él de las migas y el placer blasfema,
De la cuchar, de la sazón y el fuego:
La lengua por la boca mueve aprisa;
Hacen del los demás donaire y risa (1).

Velazquez sabia pintar bufones y beodos, pero ciertamente no los colocó en su cuadro de la Adoracion de los pastores.

Hemos citado los defectos de mas bulto: seamos justos enumerando algunas de las principales perfecciones. En primer lugar, pocos poetas tenemos que hayan maneado con mas prodigalidad y riqueza de fantasia toda especie de amplificaciones. El que quiera aprender á contemplar un asunto ú objeto bajo todas sus fases y maneras, que lea y estudie á VALDIVIELSO, pues no dejándose uno contagiarse de su falta de gusto y buen criterio, podrá sacar gran provecho de su erudicion y fecunda vena. Su estilo es por lo comun ameno y vario, su dicción fácil, aunque peque á menudo de incorrecta, su versificación flúida, si bien monótona y poco rítmica, grande su riqueza de imágenes, y sus metáforas naturales, pero frecuentemente expresadas con voces abyectas ó conceptuosas. De todo ello veremos ejemplos en algunas octavas.

La aurora del día de los desposorios (canto v).

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abril, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

Quisiera ver los desposorios bellos,
En que al yugo de amor virtuoso y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor eslima y tiene en tanto.
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le traía,
Su partida importante no dilata.

Tanto de la mentira afirmadora
Cuanto de las verdades mensajera,
Que en cuanto baña Tétis y el sol dora,
Hace cual rayo su veloz carrera,
Mirando, oyendo, hablando cuanto mira,
Mezclando la verdad con la mentira.

El sétimo verso es un enigma, y el octavo un ripio.
(1) Completemos, sin ocupar tanto espacio, esta descripción muy bella en otro lugar, pero muy inoportuna en este:

La trápala y la grita anda derrota,
Comen cual si comieran á destajo;
Anda la rueda la liberal bota
Tras el chismoso mal nacido ajo;
Por secundar ninguno se alborota;
Tras la pimienta suelta del tasajo
Suenan las voces y la grita suena:
Ya es fuego el hielo y es placer la pena.
Cuál con el cucharón grosero ahonda
Para sacar las migas mas calientes;
Cuál, puesto al cinto de la recia honda,

Deja colar el vino entre los dientes;

Cuál el caldero trae á la redonda,
Siguiéndole los otros diligentes;
Cuál con la mano, de las migas llena,
Uta al que las cogió barba y melena.

Salen corriendo de la alegre choza
Unos tras otros por el blanco suelo,
Y como gente placentera y moza,
Gozosos velan al rigor del hielo;
Cuando el nuncio Gabriel se desemboza
De entre la nube de color de cielo;

Cécalos una luz hermosa y clara;
Destúbralos la lumbre de su cara.

Cuál con las migas por el suelo rueda,
Cuál ciego cae á la beldad que admira,
Cuál boca abajo, cuál de espaldas queda;
Y cuál apenas de temor respira;

Cuál por huir entre el gabán se enreda,
Cuál, hecho matachín, al sesgo mira,
Cuál con el cucharón se queda tieso,

Cuál deja el rostro entre la escarcha impreso.

En esto de los cielos se descuelgan
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;

Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

La Esposa llega á las puertas del templo,

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el alhelí, jazmin y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,

Las luces graves de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

Y de los dos esposos,

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;

Josef, que de su Esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere;
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios le da alma y vida.

El canto vii comienza desplegando la pompa y lozanía de la primavera.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas cubriéndose la cara,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La fértil tierra con primor perfila
El prado verde de clavel y rosa,
Descubriendo á los cielos el tesoro
Que riega el alba con sus perlas de oro.

Con furia ingrata y sin piedad desquita
La rica oveja mano codiciosa,
Y la ubre gruesa con amor distila
Para su recental la leche hermosa;

Crece la sangre y su virtud remozca;
El viejo se renueva en su edad fria;
El joven tierno con prudencia moza
Sigue del niño ciego la porfia;
El que en la casa se regala y goza
Sale de verde con el pardo dia;
Las marta deja el rico y los arniños,
Los viejos el hogar, el sol los niños.

Entre la multitud de afectos con que en el canto xv saluda san Josef al Dios recién nacido, hay trozos de verdadera ternura y entusiasmo, felicisimas imitaciones de los libros sagrados:

Todo, Señor, tus alabanzas diga,
Todo te magnifique y engrandezca,
Todo te ensalce, todo te bendiga,
Y todo el bien de todos te agradezca;
La tierra al cielo en tu alabanza siga,
El cielo por la tierra te la ofrezca;
Todos te alaben por diversos modos,
Pues engrandece tu niñez á todos.

¿Sois vos el que asomado á las murallas
Labradas de los astros mas serenos,
Os jactais de ser Dios de las batallas,
Rayos flechando y disparando truenos?
Sois el gigante de las fuertes mallas,
Que de temor los hombres tiene llenos?
Sois el leon que el mundo se comia,
Y el Dios que de venganza se decia?

En conclusion, de vez en cuando se eleva á la altura de los grandes épicos. Pintando á la Envidia en el canto xviii, dice:

Son las monstruosas desgreñadas hebras
Del mal peinado horrible cabello,
Viboras ponzoñosas y culebras
Que ondean encima del arado cuello;

La frente llena de arrugas queiebras
Produce un largo verdinegro vello,
Que hace sombra á los ojos deaenridos,
En dos cavernas húmidas hundidos.

Asalta el monstruo en su lecho al rey tirano:

Llegó la Envidia, y de sus tristes hebras
Un manojó arrancó, y emponzoñada
Al pecho le arrojó vivas culebras
Cebadas en su sangre requemada;

En él hicieron ponzoñosas queiebras
Para roerle el alma atribulada:
Esparció podre entre las hebras de oro;
Sembró dotor, veneno, rabia y lloro.

Hemos dicho antes que los asuntos divinos son quizá los mas propios de la epopeya, y corrobora este aserto la intervencion que Homero y Virgilio daban en sus cantos á las deidades. El